



El vuelo del Duermevela

Gontrán Cháfer

El vuelo del Duermevela



Primera edición: diciembre 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Gontrán Cháfer

ISBN: 978-84-10082-28-1

ISBN digital: 978-84-10082-29-8

Depósito legal: M-34043-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza.

CERVANTES, *Quijote*, XVII

Siempre hay para nosotros una vida mejor que la nuestra en algún sitio, pero hay que saber encontrarla.

UMBRAI, *La forja de un ladrón*

El mayor servicio que puedo prestar a mi novela es suicidarme espectacularmente.

TORRENTE BALLESTER, *Off-side*

En ese sueño que es y no es, duermevela que disuelve la frontera entre la vigilia y el dormir y que le recuerda ciertas noches de opio en su desordenada casita de Salvador...

VARGAS LLOSA, *La guerra del fin del mundo*

ÍNDICE

Primera parte	13
Segunda parte	23
Tercera parte	123
Cuarta parte.....	149
Quinta parte	199
Sexta parte.....	253

Primera parte

1. La ilusión del horizonte

El sol se puso y lo despedimos Martín y yo sentados en el rompeolas esperando al esquivo rayo verde. Aquella vez, por fin, acudió a la cita, y nos quedamos en silencio, embelesados, digiriendo la ambigua sensación de que el mar nos atraía y nos rechazaba como si flotásemos a merced del flujo y reflujo de las olas. Cuando aquel mágico y fugaz destello de luz esmeralda desapareció tras el horizonte, Martín me habló, sin dejar de mirar al infinito:

—¿Sabes, Tristán?, tengo un sabor agridulce —me dijo—. Por un lado, estoy triste porque echaré de menos muchas cosas que hemos pasado juntos, y porque nuestra ilusión de ser marinos de altura se ha ido a pique como un naufragio. Pero, por otro lado, me alegro de que nos vayamos, porque este no es el mar que soñamos de pequeños ni estos los barcos que leíamos en los libros.

Asentí levemente con la cabeza, mirando al mismo infinito que miraba él. Martín tenía razón. Los dos habíamos suspendido el curso en la Escuela Naval, y decidimos abandonar aquel mundo de disciplina y jerarquía para buscar por otros derroteros las aventuras que fantaseábamos en nuestra infancia. El destino, no obstante, nos tenía deparados caminos muy diferentes.

Sí, tenía razón, aquel mundo no era para nosotros, más bohemios, más ingenuos, pero abandonarlo nos dejaba desorientados, sin un horizonte alternativo, perdidos ante el incierto futuro

como barcos sin brújula en alta mar. Sin embargo, una mezcla de dignidad e inmadurez en nuestro orgullo juvenil nos empujaba a no renunciar del todo a la aventura, aunque sin saber bien cómo canalizar ese impulso. Martín sufrió entonces, quizá a causa de esas frustraciones, una serie de delirios en los que me hablaba de tesoros ocultos que debíamos buscar, también de lejanas islas misteriosas, de estrellas mágicas que iluminaban a los navegantes, y de la perfección y el equilibrio de los triángulos equiláteros, fuerza, belleza y sabiduría, prudencia, fortaleza y templanza, paz, amor y libertad. Aquellas salidas entre fantasiosas y surrealistas me hicieron creer que se le estaba yendo la razón, o que consumía algún tipo de sustancia alucinógena para evadirse de la realidad, pero en cualquier caso su discurso, su cultura y su personalidad resultaban atrayentes, poéticos, casi místicos en ocasiones.

—Platón habla en el *Timeo* de armonía, divinidad y proporción —me dijo una vez—. Ahí está la virtud. Los alquimistas buscaban la piedra filosofal en sus laboratorios con azufre, mercurio y sal. Ahí está el oro. Yo prefiero buscar la luz en otros mundos, por ejemplo, en la poesía de Miguel Hernández, que tantas veces hemos leído juntos: «Forjado por el día, mi corazón que quema / lleva su gran pisada de sol adonde quieres, / con un solar impulso, con una luz suprema, / cumbre de las mañanas y los atardeceres».

Así era el Martín que yo conocía, sencillo y profundo a la vez, sensible y enérgico. Pero esas contradicciones y aquellos delirios se acentuaron cuando renunciamos a nuestras ilusiones juveniles de surcar los siete mares, al menos con uniforme militar. Aquel atardecer en el rompeolas ya me percaté de que ambos iniciábamos una nueva travesía existencial, y desde entonces los momentos lúcidos de Martín me parecieron más maduros y coherentes, pero también más preocupantes sus episodios de locura.

2. Siempre vivas y madre selvas

En la asignatura de Historia Naval habíamos estudiado las gestas de ilustres marinos: Colón, Elcano, Blas de Lezo, Gravina, Cervera... A pesar de las heroicidades de muchos de ellos, a Martín le cautivó la muerte del teniente general de la Armada José Manuel Pareja y Rodríguez de Septién, que él consideraba ejemplar, más incluso que la de aquellos que dieron su vida en combate. En noviembre de 1865, los independentistas chilenos se rebelaron contra el dominio español, capturando a las goletas Covadonga y Vencedora. Ante tal insurrección, y previendo la derrota de su flota, José Manuel Pareja, a la sazón comandante general de la escuadra española del Pacífico, y por ende máxima autoridad responsable, se suicidó de un disparo en su camarote del buque insignia: la fragata de hélice Villa de Madrid.

Esta orgullosa y absurda forma de salvar el honor, prefiriendo la honrosa muerte a la humillante rendición, a Martín le parecía tan digna que se dedicó a estudiar otros casos similares, como los de los vicealmirantes japoneses de la Segunda Guerra Mundial Chui-chi Nagumo y Takijiro Onishi. El primero, Nagumo, se hizo el harakiri el 6 de julio de 1944 tras sus derrotas en las batallas de las Islas Midway y Saipán. El segundo, Onishi, creador de los kamikazes, también se cercenó el abdomen y la garganta el 15 de agosto de 1945, el mismo día en que el emperador Hirohito anunció la rendición incondicional de Japón.

La obsesión y hasta fascinación de Martín por estos rituales me preocupaba, y mucho más después de que ambos suspendiéramos el curso y abandonásemos la Marina. Nunca insinuó intenciones suicidas, al menos delante de mí, ni mostraba ideas o actitudes depresivas, pero algunas de sus lecturas parecían sospechosas, y no solo las de las biografías de aquellos almirantes. Por ejemplo, ya después de que sucedieran los hechos, recordé cómo me habían llamado la atención algunas de las poesías que eligió para leer en las tertulias de nuestro Club de los poetas vivos. Uno de esos hermo-

sos e intrigantes poemas era el titulado «Ese día», del excelso Juan Ramón Jiménez, que transcribo a continuación, en el que pueden leerse algunos versos muy representativos de las preocupaciones de Martín:

¡Ese día, ese día
en que yo mire al mar —los dos tranquilos—,
confiado a él; toda mi alma
—vaciada ya por mí en la Obra plena—
segura para siempre, como un árbol grande,
en la costa del mundo;
con la seguridad de copa y de raíz
del gran trabajo hecho!

—¡Ese día, en que sea
navegar descansar, porque haya yo
trabajado en mí tanto, tanto, tanto!

¡Ese día, ese día
en que la muerte —¡negras olas!— ya me corteje
—y yo sonría ya, sin fin, a todo—,
porque sea tan poco, huesos míos,
lo que le haya dejado yo de mí!

Mar, navegación, descanso, muerte... Parecía que el subconsciente de Martín quisiera gritar algo a través de ese poema. Sin embargo, no fue este el más significativo, el que más perduró en mi memoria. Recuerdo que en una ocasión nos leyó la «Elegía primera» que Miguel Hernández dedicó a la muerte de Federico García Lorca, publicada en su poemario *Viento del pueblo*, de 1937. Martín la leyó con mucho sentimiento, con su voz y cadencia tan sensibles, pero fue más expresivo, como si le tocara directamente el alma, al recitar uno de sus párrafos:

Cegado el manantial de tu saliva,
hijo de la paloma,
nieto del ruiseñor y de la oliva:
serás, mientras la tierra vaya y vuelva,
esposo siempre de la siempreviva,
estiércol padre de la madre selva.

Abonar la tierra con su propio cuerpo inerte, quizá esa era la poética idea que tenía Martín de la eternidad, de estar vivo para siempre en las raíces de la madre selva. Enternecedor.

3. Punto de fuga

Me enteré del accidente por su hermano Abel, que me llamó esa misma tarde sollozando, con el eco telefónico de una pena infinita. Martín se había despeñado con su moto, su querida Yamaha negra SR250 Special, con la que tantos kilómetros había disfrutado, muchos de ellos llevándome de paquete. En una curva traicionera se pasó de frenada, o resbaló con la gravilla, o simplemente se despistó, y así acabó su historia en este mundo, con veinticinco años intensos, inocentes, melancólicos. Mi corazón se llenó de dolor, mi mente de recuerdos, y mi alma de dudas.

Después del entierro, charlé un rato con Abel, quien me descubrió curiosidades y facetas de Martín que yo, a pesar de haber sido uno de sus mejores amigos, desconocía.

—A nuestra madre le gustaba mucho la poesía —me contó—, y especialmente Antonio Machado. Por eso nos puso nuestros nombres: Abel Martín fue un poeta ficticio creado por Machado, una especie de pseudónimo, pero con vida propia. Una vez, cuando yo tenía unos dieciséis años y Martín trece, nos contó mi padre que yo había tenido un hermano mellizo que murió de meningitis a los quince meses, y que se llamaba Martín. En su recuerdo, cuando al año siguiente nació otro hermano, también lo llamaron Martín.

Me quedé de piedra cuando me enteré de aquella historia, porque una noticia así puede condicionar la personalidad de alguien, y más si lo descubre en plena pubertad. Martín debió crecer con la sensación de no ser él mismo, de haberle robado la identidad, incluso el nombre, a su hermano muerto. Quizá eso explicase muchas de sus inseguridades, o sus búsquedas, o su constante huida hacia un punto de fuga que nunca encontró, o que encontró aquel día montado en su Yamaha más allá de una curva que tal vez no quiso trazar, para seguir en línea recta hacia la luz del final del túnel que, no obstante, nos dejó a todos en la penumbra de su adiós.

—Ya sabes que Martín leía mucho, y no solo poesía —me dijo Abel—. Sé que os intercambiabais libros del mar y de aventuras. Me dijo que iba a dejarte el último que se leyó, que le pareció largo pero interesante. Aquí lo tienes. Quédatelo.

Sí, Martín ya me había hablado de él, y de hecho me comentaba algunos de sus pasajes. Se trataba de *La guerra del fin del mundo*, de Mario Vargas Llosa, en una edición en tapa dura del Círculo de Lectores del año 1983. A pesar de que no era el primer libro que me regalaba Martín, aquel tenía un significado especial, y lo recibí emocionado, como si fuese un pedazo de él, como un aliciente que trascendía su contenido. Una vez en casa, me entretuve acariciándolo, pensando con tristeza que había sido el último que leyó Martín, y pasando sus hojas como lo habría hecho él. Entonces algo me llamó la atención.

El libro, como todos los de esa editorial, contaba con un cordoncito propio cosido al lomo, a modo de marcapáginas. Lo abrí por la que señalaba, la 250, suponiendo que fue la que eligió Martín, al azar, una vez finalizada su lectura. Pero quizá no estaba ahí por casualidad, quizá Martín me estaba enviando un mensaje encriptado. Había una frase subrayada con bolígrafo rojo y, en el margen, un signo de interrogación. El Barón de Cañabrava, cacique de la región brasileña en la que se desarrolla la acción, había sido avisado por los campesinos rebeldes de que le iban a arrasar la finca. Por esa razón le dijo a su esposa la frase que Martín subrayó: «Tenemos

que irnos, Estela. Van a quemar Calumbí. No hay otro remedio. No tengo hombres para resistir y no vale la pena suicidarse».

Si el subrayado ya resultaba intrigante de por sí, lo era más por el signo de interrogación que lo acompañaba. Podía analizar la oración palabra por palabra, podía buscarle un doble sentido o podía calibrar las posibilidades de que Martín maquinase su propio suicidio y la lectura de ese fragmento lo inclinase en uno u otro sentido. Podía husmear como un detective o un psiquiatra en los pormenores que rodearon a Martín y a su accidente mortal. Podía pasarme la vida haciendo cábalas hasta enloquecer. Pero preferí dejarlo estar y quedarme con el recuerdo de mi gran amigo y los momentos que disfrutamos juntos. No me iba a durar mucho, no obstante, esa resignación.

4. Soñar en blanco y negro

La carta me llegó dos días después del entierro. Antes de abrir el buzón ya noté un extraño estremecimiento, y reconocí la letra de Martín antes incluso de recoger el sobre. Debió enviarla el mismo día en que murió, aunque sin duda la escribió mucho antes. No la consideré una despedida ni por supuesto una nota de suicidio, pero su mensaje, su poesía, su entrañable confidencialidad y su típica alternancia de delirio y lucidez abonaron mi nostalgia y mi pena, pero también hicieron rebrotar todas las incertidumbres cuyas respuestas volaron con él y con su moto por aquel precipicio que se cruzó en su camino como una guadaña implacable.

Hola, Tristán:

Aquí el serviola. ¿Me recibes? Cambio... ¿Te acuerdas? Pasamos allí buenos ratos, pero también malos. Ahora tenemos que buscar otras aventuras en otros sitios. Lo que leíamos no existe, Tristán, la vida es otra cosa, ha perdido el color de aquellos dibujos, el azul del cielo y del mar, el amarillo

de las velas desgastadas, el rojo de la sangre de los héroes. Todo es gris ahora, pero este duermevela me ayudará en el viaje. Yo quiero irme lejos, Tristán, y te lo escribo porque soy un cobarde y no me atrevo a decírtelo a la cara porque no me dejarías ir, siempre juntos, ¿te acuerdas? Pero ahora tú tienes que quedarte para escribir nuestras aventuras marineras, y luego seguir volando. Yo te ayudaré, me reencarnaré en Fátum, el destino poderoso, lo leí en los seres imaginarios de Borges, pero no como una sensible hada madrina, sino como un dragón todopoderoso. Te daré aventuras fantásticas para que vivas lo que no pudimos vivir allí, en el mar. Nos toca vencer o morir. Yo moriré, tú vencerás. Acuérdate, Tristán. Escríbelo. Por ti, por mí, por el mar, por nuestros sueños, que se cumplan de una vez. Y al fin veremos la luz, con paz, con amor, con poesía, como un triángulo perfecto. Cuando volvamos a vernos, recitaremos otra vez nuestra contraseña, la que escribió Miguel Hernández en las paredes de su cárcel antes de morir. Yo la empiezo, tú la acabas: «Aunque el otoño de la historia cubra vuestras tumbas con el aparente polvo del olvido...».

Terminé susurrando, con lágrimas en los ojos, la maravillosa sentencia del poeta de Orihuela, nuestra contraseña: «...jamás renunciaremos ni al más viejo de nuestros sueños».

Guardé aquella carta como un tesoro, pero, misteriosamente, desapareció. No me importó mucho al principio, porque me la había aprendido de memoria. Pero, con el tiempo, misteriosamente, la olvidé, como se olvidan los sueños, se diluyen las ilusiones y se difumina la esperanza. No me importó, porque su esencia me acompaña desde entonces como una sombra protectora, imperceptible para mí, pero real y estimulante. Me tocaba vencer, como a él le tocó morir. Me tocaba escribir las aventuras que vivimos juntos, y vivir las que él me prometió. Y me tocaba prometerle que lo haría a su manera, sin perder el color de nuestros sueños,

con la fiebre y el duermevela de su poesía, danzando a la luz de las constelaciones, mamando las ubres de la fantasía, batiéndome en duelos de honor contra el olvido.

Segunda parte

1. Bajel pirata

Si por algo recuerdo especialmente, y con devota nostalgia, la fecha de mi duodécimo cumpleaños es por aquel regalo que, sin yo ni siquiera sospecharlo entonces, iba a decidir el rumbo que tomaría mi vida, o al menos una parte importante de ella.

Estaba envuelto en papel satinado de color azul turquesa, en el que se había escrito, con rotulador grueso, la palabra «¡Felicidades!», así, entre signos de admiración. Por su forma y tamaño, no resultaba difícil adivinar que se trataba de un libro. O sea, un mundo. Un mundo encerrado en unas hojas, entre letras y dibujos. Un mundo, o muchos mundos, que invitaban a ser leídos, fomentando la imaginación y alimentando los sueños. Un mundo, mi mundo, que me transformaba en héroe de todas las aventuras gracias a la fuerza más poderosa que existe: la fantasía.

Rompí el papel con una extraña mezcla de ansia y delicadeza, como se desenvuelve algo frágil. El título, con letras negras mayúsculas, me impactó: *Un capitán de quince años*. Era tan resonante, tan sugerente, que enseguida me identifiqué con él. Pero lo que me dejó absorto fue el fascinante dibujo de la cubierta: un chaval como yo, al que creí parecerme, sujetaba con brío la rueda del timón de un barco, luchando contra el oleaje. Ignoro por qué, quizá porque podía palparla con mis manos, o porque la tenía tan cerca como un espejo, aquella imagen me sedujo más que todas las pelí-

culas e ilustraciones que había visto hasta entonces, y se quedó grabada en mi retina tan intensamente que aún hoy podría describirla de memoria hasta el último detalle.

Era un ejemplar en tapa dura y con sobrecubierta de una novela todavía desconocida para mí (aunque sí conocía a su autor, el celeberrimo Julio Verne), editada por Bruguera en 1971, con 250 ilustraciones de Pedro Alférez. Empecé a ojearlo con fruición, ajeno a mi cumpleaños y ausente de todo cuanto me rodeaba. Quedé fascinado con su protagonista, Dick Sand, y con sus trepidantes aventuras a bordo del bergantín goleta Pilgrim, por los legendarios mares del sur, junto a su perro Dingo.

Yo ya había sentido anteriormente la atracción por el mar, no recuerdo exactamente cómo, quizá contemplando en el horizonte, cuando iba a la playa de pequeño, aquellos enormes buques mercantes surcando los océanos entre los cinco continentes. Aquel hechizo, que permanecía latente en mis entrañas, despertó con la lectura de la maravillosa novela de Verne, y ya no se volvió a dormir durante toda mi juventud.

Desde aquel día, mis lecturas y mi colección de libros del mar aumentaron al ritmo que aumentaba mi firme determinación de hacerme marino de altura. Le robé horas al sueño y a los deleites propios de la adolescencia devorando los textos y las viñetas no solo de otras obras de Julio Verne (*Los hijos del Capitán Grant*; *20.000 leguas de viaje submarino*), sino también de todos los clásicos del género: *La isla del tesoro*, de Stevenson; *El lobo de mar*, de London; *Moby Dick*, de Melville; *Capitanes intrépidos*, de Kipling; o *El pirata*, de Walter Scott.

Mi experiencia marinera acabó siendo intensa pero fugaz, porque el mar, la mar, a quien yo creía mi aliada para hacerme un hombre, me devolvió poco después a tierra como a los errabundos restos de un naufragio. La razón fue la súbita aparición de la neuralgia de Horton, unas cefaleas de racimo que, además de un intenso dolor de cabeza, me provocaban náuseas y distorsiones ópticas incompatibles con la navegación. En un principio me ne-

gué a abandonar mi vocación, y luché contra las migrañas dando bandazos en alta mar como mis héroes contra las marejadas, pero finalmente caí derrotado y, con mis sueños juveniles ahogados en el piélago, afronté un rumbo terrenal, resignado y cabizbajo.

La sensación de fracaso y la pérdida del norte existencial me sumieron en un estado depresivo que, unido a ciertos efectos secundarios autodestructivos del topiramato que me recetaron para la neuralgia crónica, provocaron que empezaran a rondar por mi cabeza ideas suicidas. Pero no sucumbí. Algo me ayudó a salir poco a poco de aquel oscuro pozo de ilusiones perdidas.

Un destello de lucidez me indicó que, del mismo modo que aquellas novelas fascinantes me habían llevado al mar a través de los sueños infantiles, también podrían libramme de mi pesadumbre mediante la imaginación, ahora más adulta, de las mismas aventuras. Si no podía vivirlas, las leería y, quizá, las escribiría. Si no podía ir al mar, que el mar viniera a mí. De ese modo volví a enfrascarme y refugiarme en la literatura, y me he mantenido fiel a la lectura de aquellos libros del mar que han seguido colmando mi fantasía de bergantines, bucaneros, abordajes y rosas de los vientos. Mi biblioteca y mi memoria siguieron enriqueciéndose no solo con nuevos clásicos universales, como *El viejo y el mar*, de Hemingway; *Lord Jim*, de Conrad; o *Relato de un naufrago*, de García Márquez, sino también con obras geniales del británico Patrick O'Brian (por ejemplo, *Capitán de mar y guerra*), el uruguayo Alejandro Paternain (*Señor de la niebla*), o el español Elías Meana (*Entre dos banderas*).

Finalmente, influido por estas lecturas y en un intento de redimirme de mi frustración juvenil, decidí llevar al papel mis recuerdos de aquella experiencia surcando los mares que, como ya he apuntado, fue breve, pero tan intensa que me marcó para el resto de mis días. Sí, me decidí a escribir, con la templanza y objetividad que otorgan el tiempo y la madurez, mis memorias marineras. Pero no podía empezarlas sin elegir un título, y hacia él enfoqué mi brújula. Jamás hubiera imaginado que su búsqueda volvería a darle a mi destino otro golpe de timón tan fuerte como el que en su día me dio el síndrome de Horton.

2. Ganando barlovento

De mi paso por la Armada de mi país recuerdo los compases de una emotiva marcha militar con la que desfilábamos marcialmente mirando al infinito. Se titulaba *Ganando barlovento*, y la había compuesto el cántabro Ramón Sáez de Adana allá por los años sesenta del siglo xx. Con ella ganó el concurso que había organizado el entonces Ministerio de Marina, cuyo resultado quedó reflejado en la Orden Ministerial 2.487/68, de 6 de junio, en la que puede leerse lo siguiente:

En virtud de expediente incoado al efecto, se declaran reglamentarias en la Armada las marchas militares siguientes:

Mares y vientos. Autor: Don Sebastián Zaragoza López

Proa a la mar. Autor: Don Ricardo Dorado Janeiro

Ganando barlovento. Autor: Don Ramón Sáez de Adana Lauzurica

Estas marchas serán interpretadas con carácter preferente por todas las Bandas de Música de la Marina.

Ganar barlovento es una maniobra de los barcos veleros por la cual consiguen navegar contra el viento describiendo una trayectoria en zigzag. Metafóricamente puede usarse esa locución verbal como representación de la fuerza de voluntad para vencer a las adversidades, algo así como la resiliencia, pero más como superación que como adaptación. Resulta una alegoría muy sugerente, que enlaza la bravura de los navegantes con la entereza para seguir avanzando en la vida por muchas piedras que encontremos en el camino. Mi existencia había sorteado muchas, por eso me gustaba esa expresión, ganando barlovento, como título de aquellas memorias marineras que pretendía escribir. Pero había un inconveniente: uno de aquellos autores de temas marinos que ya he nombrado aquí, el salmantino Elías Meana, publicó en el año 2001 una novela

precisamente con ese título. Yo no podía repetirlo, aunque todavía no supiese si iba a novelar esas memorias o no.

Descartado *Ganando barlovento*, se me ocurrió entonces que podía elegir como título el de una de las otras dos marchas militares de aquel concurso, pues me resultaban igualmente sonoros y sugerentes, amén de que también los desfilé, fusil al hombro, en su día. Investigué un poco para evitar una nueva repetición, y encontré que *Proa a la mar* era el nombre de la revista de la Real Liga Naval Española. No se trataba de otra novela, ni siquiera de un único libro, sino de una publicación periódica. Aun así, lo tuve que descartar. Me quedé, por eliminación, con *Mares y vientos*. También me gustaba. Aludía al mar, pero también a ese elemento que nos sacude y nos empuja, a veces a favor, a veces en contra: el viento. *Mares y vientos. Memorias marineras*. Sí, sonaba bien. Y no encontré, *a priori*, ningún libro ni revista ni otro tipo de publicación que se titulara así, si acaso algunos versos sueltos.

El destino, caprichoso y enigmático, me tenía reservado, no obstante, un nuevo bandazo por la amura de estribor.

3. Memorias marinas

Fue en un *stand* de la Feria del Libro Antiguo y de Ocasión. En los anaqueles del fondo brillaban los lomos acartonados de enciclopedias añejas y vetustos volúmenes, entre litografías y daguerrotipos de rancio abolengo. Había en el ambiente un cierto sabor a pergamino, a siglo de oro. El librero no desentonaba: con su barba de patriarca, su guardapolvo y sus quevedos, parecía el bibliotecario de un convento medieval. Ordenaba ejemplares en el mostrador con parsimonia. Le pregunté si tenía libros de temática marítima, novelas, tratados, cosas así. «Puede mirar en aquella caja», me dijo. Al fondo, arrinconada, había una caja de cartón sin tapas, llena de libros de cubiertas amarillentas, esperando su turno para ser clasificados. *Trafalgar*, de Galdós; *Los pilotos de altura*, de Baroja; *Los argonautas*, de Blasco Ibáñez; pero también biografías de Blas de Lezo, Américo

Vespucio, James Cook; o manuales de navegación, diccionarios de náutica, tipología de buques... Efectivamente, aquello era una miscelánea e interesante colección de libros relacionados con el mar. A pesar del polvo y la fragilidad de las piezas, las fui observando una por una con atención, en busca de algo interesante, inédito. Y lo encontré. Otra vez el azar, el sospechoso azar. Otra vez el destino golpeándome en la frente. Otra marejada zarandeando mi barco.

Era una hoja suelta, una cubierta de libro de papel ahuesado, para ser exactos. Se había soltado del resto del volumen, y parecía que también había perdido la solapa. Lo que leí en ella me dejó pasmado: «*Mares y vientos. Memorias marinas*. E. Churruca de Vega». Un título, un subtítulo, un autor. Nada más. Y nada menos. Un título idéntico al mío, un subtítulo casi idéntico al mío y un autor desconocido para mí que se me había adelantado (¡otra vez!). Parecía que el destino se ponía en contra de que yo escribiese mis experiencias en el mar, y que el azar se aliara con él para hacérmelo saber de forma tan rocambolesca, tan literaria.

Inmediatamente, me puse a revolver en la caja buscando ese libro que había perdido la cubierta. No lo encontré, pero el librero se dio cuenta de mi cambio de ritmo y se me acercó.

—¿Busca algo en particular, algún libro en concreto? —me preguntó.

—Sí —le dije—. Busco el libro al que pertenece esta cubierta. Estaba suelta entre los demás.

—¿No lo ha encontrado en la caja?

—No.

—Pues mala suerte. Seguramente se habrá perdido.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿No puede estar en otra caja?

—No. Esta me la trajo un individuo la semana pasada. Desde entonces ha estado en el almacén y me la he traído hoy para revisarla y poner algún ejemplar a la venta.

—¿Cómo era ese individuo? ¿No le trajo nada más?

—Era alto, canoso y elegante. Llegamos a un acuerdo en el precio, le pagué los libros y se fue. No me trajo nada más ni lo he

vuelto a ver ni puedo darle más detalles. ¿Tanto le interesa el libro, precisamente ese, el que no encuentra?

—Sí, me interesa. ¿Había oído hablar de él? ¿Tiene alguna otra referencia? ¿Conoce al autor? —El librero cogió la hoja y la observó detenidamente, con cuidado, por delante y por detrás. Un bibliófilo no tiene por qué ser un erudito de las letras, pero sin duda por sus manos habrían pasado durante años miles de títulos y autores. Después de leer los de la portada de marras, y de intentar hacer memoria con el entrecejo, me respondió lo que yo no quería escuchar.

—Pues no —dijo—, no he oído hablar de él ni tengo otras referencias ni conozco al autor. Lo siento. Pero puede quedarse la hoja para seguir investigando.

—Gracias —le respondí—. Le apuntaré mi número de teléfono. Si encontrara el libro, o algún dato sobre el autor, o regresara la persona que le vendió la caja, le agradecería que me avisase.

—Descuide, lo haré. Apúnteme también el nombre de ese autor. Buscaré en mis fondos. Tengo otras cajas y estanterías que no desempolvo desde hace años.

Salí de la Feria con una sensación extraña, ambigua, una mezcla de frustración y curiosidad, un nerviosismo como si me sintiera observado por alguien, como de haberme enredado en alguna misteriosa pero atrayente red. El azar jugaba conmigo, pero también parecía, cada vez que ponía una piedra en mi camino, que me ofrecía una pista para continuar, una marca en un árbol para que no me perdiera en el bosque. Esa pista, en esta ocasión, tenía un nombre (una inicial) y unos apellidos: E. Churruca de Vega. Yo podía, simplemente, olvidar ese asunto, buscar otro título para mis memorias marineras y seguir con mi propósito de escribirlas. Pero aquella coincidencia me perturbó, sentí incluso que afectaba a mi propia identidad. ¿Por qué? No lo sé. Pura intuición. Uno sabe de dónde viene el viento, aunque no lo vea, y si quiere avanzar contra él, tiene que ganar barlovento. No se puede eludir un reto así, porque nos atormentaría la duda hasta afrontarlo.